

## XXII

## A LOS PÁJAROS QUE HUYERON

Niños, volved; poco ha, imprudentemente, regañando contra vosotros, os he desterrado de mi gabinete. ¿Qué motivo me disteis para eso? ¿Qué hicisteis, bandidos de labios de color de rosa? ¿Qué crimen habéis cometido? ¿Qué travesura? ¿Haber roto en mil pedazos un jarro del Japón? ¿Haber agujereado aquel retrato viejo? ¿Haber enriquecido mi hermoso misal gótico, trazando con vuestras manos dibujos fantásticos? No, nada de eso. Esta mañana, aprovechando los momentos en que os habéis quedado solos en mi cuarto, cogisteis entre mis papeles una hoja que contenía el conjunto informe de algunos versos, que yo estaba componiendo, y de común acuerdo, los habéis arrojado al fuego para divertirlos, para contemplar cómo suben las chispas por entre la ceniza negra. Esto es todo: pensabais en jugar y creíais haber obrado bien.

\* \*

¡Famosa pérdida, en verdad! No. ¿Dictar versos? ¿Para qué? ¿No debo encolerizarme, ¿Qué valor tiene una estrofa que nació mientras vosotros jugueteabais, ni una oda llena de ver-

dos hinchados, o de pesados alejandrinos, montados unos sobre otros, como los estudiantes al levantarse de sus bancos? Otro os hubiera dicho:—«Muchas gracias; me habéis robado la presa que destinaba al folletín»; pero yo os he regañado. He cometido un error grave y ridículo; chiquillos deliciosos, que no quisisteis incomodar a Hércules, yo os asusté diciéndoos:—«¡Idos de aquí! Dejadme solo!» ¡Pobre de mí! Ya me quedé solo; ¿y qué? ¡Vaya un triunfo! ¿Pero a vosotros qué os importa?... Encontrasteis la libertad fuera de mi cuarto, respirasteis el aire libre, corristeis al hermoso parque a disfrutar del cielo claro, de la primavera, de la naturaleza apacible, de ese poema de Dios que vale más que los míos, en el que el niño puede coger una flor, como una estrofa viva, sin que nadie le riña ni le asuste, y yo quedé solo y triste, deslizándome por la pendiente que se llama fastidio; porque hacía ya mucho rato que estaba sentado en la antesala, esperando, al doctor inglés, que no os puede ver y que aguardaba a que vosotros salierais para entrar.

\* \*

¿Qué haré? ¿Leer algún libro?

No. ¿Dictar versos? ¿Para qué? Todo me aburre: los esmaltes blancos o azules, la esfera que hace dar vueltas al cielo sobre su eje, los hermosos insectos pinta-

dos en mis tazas de Sajonia, todo me aburre; tengo el pensamiento fijo en vosotros. En cuanto hubisteis salido perdí la alegría, me quedé sin la satisfacción que me causa el ruido que movéis a mi alrededor, y sin poder contemplar cómo el más pequeño se esfuerza a leer señalando con el dedo las palabras, ni vuestras risas francas y sinceras, que ponen al descubierto sartas de perlas colocadas entre los labios.

\* \*

Seguramente los espíritus, los silfos y las hadas, que las bocanadas del viento traen a mi cuarto; los gnomos acurrucados allá arriba, cerca del techo; los duendes familiares, que cuchichean en los rincones a mis vasos chinescos, todo ese invisible enjambre de alegres demonios, ha debido reírse a carcajadas cuando en su presencia os vieron extraer de mi cartera los exámetros, a medio hacer y sin corregir, sacarlos de ella y arrojarlos al fuego, y aplaudir con gran contento al ver que con esos versos tan feos habíais levantado una llama tan hermosa.

\* \*

Niños traviesos, a quienes obligué a salir de aquí, volved a mi cuarto a charlar, a saltar, a cantar, a abrir todos cuantos libros queráis, a darme empujoncitos en el brazo mientras estoy escri-

biendo. Convengo en que obré mal y en que vosotros tenéis razón; ¿pero quién no regaña alguna vez sin motivo? Es preciso ser indulgentes. Ya que todos somos miserables, los pequeños no deben ser severos. Niños queridos, todas las mañanas vuestra alma cariñosa se abre a la alegría, como una ventana a la luz del día, y verdaderamente sería un hermoso milagro que el niño alegre fuese un dechado de prudencia. El destino os acaricia en la niñez; pero nosotros, que ya reflexionamos, que somos hombres, tenemos el carácter agrio y pendenciero, tenemos nuestros días de mal humor y de fastidio. Esta mañana llovía, y hoy hace mucho frío. Por el cielo ha pasado hace poco una nube de mal aspecto. Además siempre se tiene algún remordimiento. Esto nos hace ser malos algunas veces; comprenderéis lo que os digo cuando la edad ensombrezca vuestros rostros, cuando seáis mayores.

\* \*

Ya os dije que hice mal, pero estoy ya bastante castigado; debéis perdonarme y volver a mi cuarto; venid, hagamos las paces. Tomad; os entrego mis lápices, mis papeles, mi antiguo compás despuntado, mis lacas, todos esos juguetes del hombre que envidia el niño; os entregaré todo lo que queráis. Podéis sentaros sobre mi mesa-escritorio, o subiros a

ella de pie; podéis cantar, arrastrar mi sillón grande, y arrojar al banco esculpido, todos a la vez, vuestros agudos juguetes, que estropean la madera. Os permitiré también, os lo permitiré con todo mi corazón, que hojeéis siempre que queráis mi Biblia pintada, que hasta ahora habéis tenido miedo de tocar, y en una de cuyas láminas se ve a Dios Padre vestido de emperador.

\* \*

Después quemaréis los versos que tengo esparcidos sobre mi mesa, si os divierte ver cómo se convierten en humo; no sería tan complaciente para con vosotros si estuviéramos en casa del notable poeta Mery, cuyos versos vuelan hasta los cielos. Pero, ¡qué importan los míos!... Vosotros sois toda mi poesía y mi espíritu se acomoda a vuestros caprichos; sois los reflejos y los rayos de luz con que ilumino mis sombrías rimas. Niños, cuya vida anima la esperanza; niños, a quienes la ignorancia da alegría, nunca habéis sufrido y no podéis apreciar cuando el pensamiento cansa y fatiga al taciturno poeta, qué dulce calor difunde en él vuestras sonrisas. ¡No podéis comprender cuánto necesita entonces de la serenidad que brilla en vuestras frentes!

\* \*

Volved a mi cuarto, si no queréis que permanezca triste y

sombrio por vuestro abandono, como el pescador de Etretat, que, cansado de un largo invierno, medita apoyándose en los codos y se fastidia contemplando desde su ventana el cielo inundado de lluvia.

23 de abril de 1837.

## XXIII

¿En qué pienso? ¡Ay! Separado de vosotros, hijos míos, lejos del techo bajo que habitáis, en vosotros pienso, en vosotros que sois la esperanza del estío de mi vida, vástagos que todos los años crecen y agrandan la sombra del muro de mi existencia. Pienso en los dos pequeños que lloran riéndose, que empiezan a balbucear, y que juegan y se quejan y que disputan; pienso después con inquietud en los dos mayores, que, más talluditos, inclinan algunas veces la cabeza, el uno curioso y el otro pensativo.

\* \*

Solo y triste en la playa, por la tarde, escuchando las canciones de los marineros, en la hora en que las olas, abriéndose y cerrándose, confunden con el viento sus hálitos marinos, y en la que se perciben en los aires inefables ecos, que provienen de la tierra o que emergen de las aguas,

estoy pensando en vosotros, hijos míos, en la casa, en la familia, en la alegre mesa, en el fuego del hogar y en todas las solicitudes con que cuidan de vosotros vuestra madre tan tierna y vuestro abuelo tan cariñoso. Y mientras que el líquido Océano se extiende a mis pies, mientras contemplo ese espejo colosal de las estrellas, y los marinos, tras las velas de sus buques, dejan vagar la vista desde el infinito de los mares hasta el infinito de los cielos, pensando yo únicamente en vosotros, contemplo y sondeo el cariño que os profeso en la profundidad de mi alma; amor tierno, poderoso y eterno; comparado con él, el mar es pequeño.

Julio de 1836.

## XXIV

UNA NOCHE EN LA QUE SE OYE EL MAR SIN VERLE

¿De dónde salen esos rumores sordos que se oyen hacia el mar, esas voces profundas y llorosas que resuenan sin cesar, que rugen de continuo interrumpidas solamente por el soplo del huracán que toca su trompa?

\* \*

¡Cómo llueve esta noche, cuya huésped mío! Allá en lontananza el cielo está todo cubierto de

negro capuz; el mar aparece muy hinchado. El soplo del huracán hace resonar su trompa.

\* \*

Marineros náufragos, perdidos allá a lo lejos que tendéis inútilmente los brazos a la ingrata tierra; oíd cómo el huracán sopla en el tubo de su trompa.

\* \*

¡Hombres imprudentes! El viento desgarrar las velas como si las despedazase a mordiscos con sus feroces dientes: en el cielo no luce una sola estrella. El huracán sopla con fuerza en el tubo de su trompa.

\* \*

El marino sueña en horrible pesadilla que la mar engruesa y la que la bruma oculta el faro, candelero que Dios conserva sobre la playa. ¡El huracán sopla más feroz que nunca en el tubo de su trompa!

## XXV

«TENTANDA VIA EST»

No os asustéis inquieta madre, al ver que siendo aún tan pequeño es ya tan grave y tan juicioso,

Como pajarillo blanco que, solo un astro como lo hizo Herschell sobre un arrecife, ve que sube o un mundo como lo descubrió hacia él el Océano desde el fondo Colón?  
de las tinieblas, contempla ya la vida, inmensa y sombría, ve cómo avanza paso a paso; pero, a pesar de eso, cariñosa madre, no os asustéis.

\* \*

No os inquietéis, y cariñosamente besad la frente reflexiva del niño, que no es un sabio, que no es un prodigio, que sólo es un soñador: más vale que sea así; esto debe enorgulleceros. La meditación es hermana del genio; el niño soñador precede al hombre pensador, y el pensamiento es tan poderoso, que muestra a Milton el cielo y a Dante el infierno.

\* \*

Un día será grande; no dudéis que le espera un porvenir de gloria al niño misterioso que todo lo pregunta y que todo lo inquiere. ¿Quién sabe si recogerá del suelo, sin gran fatiga, el colosal cincel que al morir dejó caer Miguel Angel y esculpirá en el mármol sorprendentes batallas? ¿Quién sabe si, como Francisco I o como Bonaparte, tomará para jugar al ajedrez a la Europa por tablero? ¿Quién sabe si irá, bogando a toda vela, o ajustando a sus ojos el cristal del telescopio, y encontrará su vista perspícaz en la esfera azul o en el mar profundo

¿Quién sabe lo que le reservará el porvenir? Dejad que crezca ese niño serio, que ni siquiera se da cuenta de la curiosidad con que le vemos crecer. Quizá piense ya ese niño débil del mismo modo que pensaba aquel otro niño que luego se llamó Virgilio, en el combate que persigue siempre al que es poeta brillante; quizá piense ya en intentarlo, en vencer, y en que pregone la gloria su nombre brillante con las cien voces estridentes de sus trompetas.

9 de junio de 1835

## XXVI

Hermosa niña, el amor es al principio como un espejo, en el que la mujer coqueta y linda gusta verse retratada, y al que se mira alegre o pensativa; después, como la virtud, cuando se ha posesionado de vuestro corazón, lanza de él el mal y el vicio, y refleja el alma pura y blanca.

\* \*

Después, descendiendo un poco, resbalan vuestros pies y llega a ser un abismo: en vano las manos

se cogen a los bordes, porque dando tumbos caéis en el fondo del agua. El amor es atractivo, puro y mortal. ¡No te fíes de él! Le sucede a la mujer que se abandona al amor lo que al niño que, atraído por la corriente de un río, se mira en él, se lava y se ahoga.

25 de febrero de 1837.

## XXVII

## DESPUÉS DE UNA LECTURA DEL DANTE

Cuando el poeta pinta el infierno, pinta su propia vida. Su vida, que es una sombra que huye de los espectros que la persiguen; bosque misterioso, en el que, asustado, sus pasos se extravían fuera de los caminos conocidos; sombrío viaje, que obstruyen disformes obstáculos; espiral de bordes dudosos, de enormes profundidades, cuyos círculos temibles avanzan cada vez más hacia la obscuridad, donde se mueve el infierno indeciso y vivo. Esa pendiente se pierde en la oscura bruma; en cada una de sus gradas está sentada una queja, y se oye un débil rumor de crujidos de dientes en aquella impenetrable noche. Allí están las visiones, los ensueños, las quimeras; los ojos que el dolor convierte en amargos manantiales; y el amor, pareja enlazada, triste y ardiente, pasa abrasándo-

se dentro de un torbellino con una llaga abierta en el flanco; en un rincón están la venganza y el hambre, impías hermanas, acurrucadas las dos juntas sobre un cráneo roído, la pálida miseria, la ambición, el orgullo alimentándose de sí mismo, la inmunda lujuria y la avaricia infame; más lejos la cobardía, el miedo, la traición, y más abajo aún, en la profundidad del abismo, el odio haciendo muecas de dolor.

\* \*

Eso es la vida, inspirado poeta, y obstruyen su brumoso camino terribles obstáculos. Pero para que nada falte en ella, en su camino estrecho nos mostráis siempre, de pie a vuestro lado y guiando vuestros pasos al genio de frente serena, de ojos resplandecientes, a Virgilio, que os dice: «¡Continuemos!»

6 de agosto de 1837.

## XXVIII

## PENSAR, DUDAR

A LUISA B.

Ya os he dicho que nuestra incurable llaga, que nuestra nube negra, no disipada por ningún viento, que lo que hace palidecer y arrugar la frente, que lo que más nos hace sufrir, es la áspera ansie-

dad, es la fatal agonía que hunde nuestros corazones en el abismo, cuando la suerte, poniéndonos cara a cara con nuestra miseria, plantea ante nosotros de súbito esta sombría cuestión:—¿Alma, qué crees?—Esa es la vacilación profunda y temible en que se encuentra ante la esfinge que llamamos el mundo, nuestro espíritu, más temeroso que deslumbrado, que no se atreve a decir que no y que no puede decir que sí.

\* \* \*

Esa es la imperfección de nuestra raza. ¿De qué está cierto y bien seguro el hombre? ¿Qué es lo permanente? ¿Qué es lo transitorio? ¿Qué es lo quimérico y qué es lo real? ¿Cuándo obtendremos la explicación del cielo? ¿Por qué en los senderos, llenos de sofismas, tropezamos todos? ¿Por qué, espíritus oscuros, temblamos durante la noche, en las horas en que la bruma invade el corazón lo mismo que el firmamento? Hasta el alba es sombría y oculta un gran problema, y algunos pensadores, encontrando escollos hasta en los niños, dudan lo mismo de las cunas que de los ataúdes.

\* \* \*

Ved ese hombre; es justo, bueno y prudente. No hay hiel interior alguna que haga palidecer su rostro; si por alguna parte tiene el corazón ya muerto, podrá tener

pesares pero no remordimientos; el odio ajeno puede haberle creado enemigos, pero no el suyo propio; es un sabio de la época de Aurelio o de Adriano. Es pobre, pero vive satisfecho: su cabeza está cubierta de cabellos blancos y llenan su cerebro tranquilos pensamientos. Profesa afecto fraternal a todos los hombres, es hermano de los desgraciados y padre de los desvalidos. Su vida es muy sencilla, y se desliza lejos del ruido de las ciudades. Pasa los días en los campos recreándose en mirar cómo bailan los campesinos, leyendo algún libro antiguo, griego, en el que reviven los héroes de Atenas y de la Lacedemonia, dando limosna a los niños que encuentra a su paso. Todos los días, cuando el sol desciende, él desciende también y regresa a su casa y se sienta a la mesa, en la que toma frugal comida; luego entra en su dormitorio, y ¿qué hace allí ese justo que vive contento? Sin deseos, sin faustos y sin dolores, piensa, medita y duda...

\* \* \*

¡En las tinieblas humanas todo se presenta brumoso y vacilante! Sobre todo en los días en que todo se hunde, en que la desgracia se apodera de nuestra alma y sacude nuestra vida, cuando somos víctimas de la suerte fatal, cuando no poseemos ya otra cosa más que un libro roto, una noche tenebrosa, un pensamiento hun-

didado ante el abismo que se abre a nuestros pies, un corazón que han abandonado las ilusiones, frágil barquilla sin mástiles, sobre el que las pasiones, furiosos marineros, patalean y se baten por la elección del camino; cuando sólo se piensa, haciendo furiosos esfuerzos, en buscar para salvarse una brújula, un puerto, un ánora para anclar, un faro para asegurar la dirección, ¡con qué terror, pilotos angustiados, nos damos cuenta de que nos falta la fe, la fe, esa pura antorcha que tranquiliza al sobresaltado, esa palabra de esperanza que está escrita en la última página del libro, esa chalupa única en la que se puede salvar la tripulación!

\* \* \*

¿Por qué, pobres insensatos, nos mostramos, pues, tan orgullosos?—Di, alma siempre serena, qué piensas tú, tú, a quien la suerte expone con tanta modestia a la gloria y con tan dulce facilidad al odio; tú, cuyo espíritu, siempre igual y siempre puro, razonable y tranquilo, en las alturas, lejos de nosotros, brilla como una estrella fija en el fondo del cielo espléndido; sol, al que no llega el vaivén del abismo y de la inmensidad; donde flotan, desperdigados por los vientos, tantos astros fatigados y tantos mundos que cuelgan? ¿qué piensas, qué te parece de nuestra arrogancia y nuestra ceguedad? ¡Debes

mirar con lástima nuestras falsas glorias, y nuestro loco orgullo, que se apoya en el vacío, debe provocar en ti extraña compasión!.. ¡Ten compasión de nosotros pero compasión tierna, porque escuchamos y oímos y nada podemos comprender!

\* \* \*

Nuestra falta de fe, nuestra incredulidad, ignorancia o ciencia, sabiduría o vanidad, llámela como quiera nuestro orgullo, ¿es el vicio de este siglo o es la desgracia del hombre? ¿Es un mal pasajero o es una eterna desgracia? ¿Habrá creado Dios el cielo que las nubes ocultan eternamente nuestra vista, para que le estudiemos? Dios no ha confirmado al hombre en ninguna certidumbre. Pensar no es creer. Hay momentos en que oímos una voz que confusamente nos dice:—«Vuestra obra es perecedera; no confiéis en ella; todo cuanto el hombre edifica, lo edifica sobre arena; todo lo que construye, pronto o tarde lo cubre la hierba; todo lo que levanta, lo erige para que lo destruyan los vientos del desierto. Todos los asilos donde se refugia vuestra alma, la gloria, que sólo es una púrpura; el amor, que sólo es una llama; la altiva ambición con su manto de estrechos sus banderas ondeantes; la riqueza, siempre sentada sobre su gavilla de mieses; la ciencia,

tan altiva y tan soberbia; el poder bajo el dosel y el placer entre las flores, no son más que tiendas de campaña; el edificio está en otra parte. ¡Pasad más adelante; buscad más lejos los verdaderos bienes; la tienda de campaña sólo dura un día, mortales!»

\* \*

Oímos esta voz, que nos deja mucho tiempo pensativos, y creemos ver el cielo menos obscuro por momentos, como a través de la bruma se distinguen las playas y se ven llenas de vagas perspectivas.

\* \*

¿Qué creer? Muchas veces, quizás con ojo avizor, he abordado ese problema, en el que se pierde la sonda, esas vastas cuestiones cuyo aspecto cambia de perspectiva a cada instante; he removido la superficie y el fondo, me he sumergido en ese abismo y he llegado hasta su profundidad.

\* \*

Os aseguro, vientos de la mañana y de la tarde os aseguro, estrellas de la noche, que impulsado por austero pensamiento, muchas veces he intentado, muchas veces he ascendido solo, buscando en el espacio algo que me conteste, a esos altos sitios desde los que se ve la figura del mundo. Con frecuencia he creído sobre las altas

y desiertas cumbres, que mientras que los ríos, los campos, los bosques, las ciudades y las ruinas yacían detrás de mí, los montes humeaban como incensarios, y que en lontananza el Océano desparramando sus olas, mezclaba su murmullo salvaje con el murmullo inmenso de la naturaleza.

\* \*

Y yo preguntaba a las olas que rugían, a los torreones que se derrumbaban, a la noche llena de estrellas, a las flores, a los torrentes, a las pintadas frutas, a los montes, a los campos y a los bosques:—«¿Sabéis algo?...»

\* \*

Con frecuencia, en las horas en que la tarde y el viento hacen que el viajero camine pensativo, me he dicho a mí mismo:—La inmensa naturaleza, la creación que sirve a la criatura, lo sabe todo; todo estaría claro para el que pudiese comprenderlo. Como el mudo que sabe la palabra de un gran secreto, y pugna porque no puede revelarlo, parece que haya momentos en que la naturaleza quiera decir lo que sabe, pero Dios le ataja la palabra. En vano prestáis oído, que no comprendéis sus murmullos; porque ese cántico que se escapa de las campiñas fértiles, confundido con el rumor que sale de las ciudades,

os rugientes truenos, los vientos sordos o lastimeros, las olas del mar, que vienen, aullan y se van, todas esas voces no son más que un tartamudeo inmenso.

\* \*

Sólo el hombre puede hablar, pero el hombre no sabe lo que sucede en el mundo, y por inexplicable sentencia todo se lo oculta una nube, y el alma del que muere huye llevándose consigo la explicación del misterio. Por eso empezar sonriendo y concluir negando es lo más cómodo, es lo más fácil y es lo que hacen los hombres. Lo poco que creemos se armoniza con lo poco que somos.

\* \*

Ya que Dios así lo hizo, será esto lo más conveniente para nosotros; quizás mayor claridad nos cegaría: con frecuencia se rompe la rama que está demasiado cargada de frutos. ¿Qué sería de nosotros, si Dios, desde la altura de su eternidad, precipitase sobre la razón humana el torrente de la verdad? El vaso es demasiado pequeño para contenerla entera, y basta que cada alma recoja una gota, aunque esté mezclada con el error. Todos los hombres tienen en sí algo obscuro que rechaza la fe. Dios y la muerte son palabras sin fondo que ocultan un abismo. Del corazón más sublime

se apodera el terror cuando se atreve a surcar esos grandes mares que no pueden franquearse de un solo vuelo. Pocos pájaros atraviesan el Océano sin dar reposo a sus alas. No hay un solo creyente que no dude ni tiemble en ciertos momentos. ¿Qué alma no es débil y no se siente fatigada? Resignémonos y continuemos nuestro camino. Todo cuerpo arrastra su sombra y todo espíritu su duda

Septiembre de 1835.

## XXIX

A EUGENIO, VIZCONDE H.

Ya que le plugo al Señor quebrantarte, ¡oh poeta!; ya que plugo al Señor comprimir tu cabeza con su mano omnipotente, convirtiéndola en una urna santa que contenga el éxtasis, encerrar en ella el genio y marcarla con un sello de bronce;

\* \*

Ya que el Señor te concedió, por insondable misterio, un pozo para que no bebas, una voz para que calles, y soplando en tu frente como barquilla errante y llena de agua, hizo rodar tu espíritu a través del Océano sin fondo de la locura;